

la más pura de las sectas), procedió contra los herejes mediante el testimonio de los cómplices, oído en ausencia de los culpables. El acusado no tenía más que una alternativa: ó confesar para vivir, ó ser quemado inmediatamente si sostenía su inocencia (1). Hubo una mujer, una vagabunda, que fingió ser hereje y que luégo se ofreció á revelar los nombres de los sectarios ocultos. Empezó por denunciar á sus parientes y amigos que la habían rechazado. Sus criminales acusaciones iban siempre seguidas de una sentencia de muerte. Las denuncias fueron subiendo de los villanos á la clase media, y de aquí á los castellanos y condes. El *maestro* no permitía á ningun acusado defenderse, cualquiera que fuese su categoría; los débiles preferían mentir á ser quemados; los católicos sinceros preferían ser quemados á confesar crímenes vergonzosos que no habían cometido: ¡*Maese Conrado* les prometía la gloria del martirio si su inocencia era verdadera! Pero no era fácil alcanzar la vida ni áun mintiendo; les exigía que designasen cómplices que no había. En su ingenua sencillez, los detenidos decían: «No sabemos á quien acusar; citadnos nombres que os parezcan sospechosos.» El inquisidor les nombraba algunos condes y algunas condesas, y los desgraciados se apresuraban á responder: «Son tan culpables como nosotros.» Yo, arzobispo de Maguncia, primeramente solo y despues de acuerdo con los arzobispos de Colonia y de Tréveris, hemos exhortado á la moderación á *Maese Conrado*. No escuchó nuestros consejos, y acabó por predicar la cruzada contra los herejes. Pero pereció asesinado. Hemos examinado á los acusados que viven todavía, y los hemos hallado inocentes. Preguntamos al Papa qué se debe hacer por los muertos. «No sabemos, continúa el cronista del cual tomamos esta carta, lo que respondió el Papa; pero debe arrepentirse seguramente de haber confiado tan gran poder á *Maese Conrado*» (2). Tan lejos estaba el Papa de arrepentirse por haber dado lugar á los excesos del inquisidor alemán, que siguió, por el contrario, hon-

(1) «*Ita ut semel accusato tolis duretur optio, aut sponte confiteri et vivere, aut innocentiam jurare et statim comburi.*»

(2) ALBERIC. *Chronic.*, a. 1233 (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, § 87, nota ff).

rándolo como un digno apóstol de la palabra de Dios (1).

¿Se creerá despues de ver estos horrores que haya todavía quien se atreve á justificar la Inquisición como una institución natural y necesaria para el mantenimiento del orden social? ¿Quien se atreve á exaltar la matanza de los herejes como una obra civilizadora? (2). Verdad es que las herejías han sucumbido, y que la doctrina católica puede considerarse como superior á los errores de los sectarios. Pero ¿quién nos dice que hayan sido necesarias la hoguera y la guerra para destruir á las sectas de la Edad Media? Lo que prueba que no es así es que los herejes perecieron, pero lo que había de verdad en sus creencias sobrevivió á las cruzadas y á la Inquisición. Los errores únicamente fueron destruidos; pero para destruirlos ¿tenía derecho la Iglesia de entregar á la hoguera á los hombres que se equivocaban acerca de la naturaleza de Dios y de la creación? Por muchos sofismas que inventen los católicos, no impedirán que la herejía sea un crimen imaginario, no impedirán que la sangre inocente clame venganza contra el que la derrama. La Iglesia será siempre culpable cuando emplee contra los errores religiosos otras armas que la palabra y el ejemplo. La cruzada contra los Albigenses consolidó la unidad de la Francia; ¿quiere esto decir que las matanzas sean legítimas, que el fraude y la violencia sean virtudes? Si no hemos de condenar á los hombres por las consecuencias de sus acciones que no han podido prever, tampoco debemos justificarlos por resultados que solamente Dios ha preparado. Las intenciones son las que absuelven ó condenan: y ¿cuál era el espíritu que ha animado á los cruzados sino la intolerancia, el fanatismo, la crueldad? No hay más que una justificación posible para los cruzados, así como para los inquisidores, lo mismo para Inocencio III que para Conra-

(1) «*Recolende memoria magistri... prædicatoris verbi Dei.*» *Epist.*, a. 1235 (MANSI, XXIII, 344).

(2) El abate ROHRBACHER, en su *Historia de la Iglesia católica*, dice (t. XVI, p. 426 y sig.): «La Inquisición existe natural y necesariamente, bajo un nombre ó bajo otro, en toda sociedad que quiere su propia conservación... Demos, pues, gracias á los pueblos y á los reyes, á la cristiandad entera de la Edad Media, por haber rechazado por una parte el yugo embrutecedor del Mahometismo, y por haber rechazado por otra una herejía, una secta más embrutecedora todavía, etc., etc.» Dispensamos á nuestros lectores de esta elocuencia de sacristía.

do de Marbourg, y es la ceguedad, resultado de una creencia falsa. Esta excusa absuelve á los hombres, pero condena á la Iglesia.

#### § IV.—¿Quién es vencedor?

Las herejías amenazan romper la unidad de la Iglesia. El Pontificado, defensor severo de la unidad cristiana, arroja á los herejes á la hoguera; cuando el verdugo no funciona bastante de prisa llama á la cristiandad á las armas; á los que esquivan el furor de los cruzados la Inquisicion les da caza como si fueran fieras. En apariencia el Pontificado sale victorioso de aquella lucha horrible. La secta más formidable de la Edad Media, los Albigenses, desaparece; el Mediodía de la Francia, foco de la herejía, se somete á la dura ley del conquistador; toda una civilizacion perece; los descendientes de los sectarios insurrectos se convierten en creyentes fanáticos. Hé aquí á los papas en pacífica posesion del poder espiritual. Al mismo tiempo luchan contra el Imperio, y lo hunden. El Pontificado puede decir con Gregorio VII que su nombre es único en el mundo. No hay ya poder que pueda compararse al suyo. Cualquiera creeria que, encontrándose omnipotente, va á tomar la direccion de la cristiandad, destruir el mahometismo, propagar la ley de Cristo por el mundo entero y realizar el ideal del Evangelio, el reino de Dios. Apénas ha triunfado el Pontificado cuando la sociedad cristiana se divide y se disuelve; se abandonan las cruzadas, el mahometismo reina en Oriente, esperando el momento de venir á desafiar y espantar á la Europa. El Pontificado mismo se desgarrar y se debilita. Él mismo empieza á romper la unidad cristiana por una guerra civil sin ejemplo: dos, tres papas se llaman á la vez jefes de la cristiandad, y se excomulgan, se anatematizan unos á otros con gran escándalo de los fieles y con gran alegría de los enemigos de Roma. Vienen despues los concilios generales que condenan y deponen á todos los papas como autores del cisma y herejes notorios (1). La Iglesia se corrompe; déjanse

(1) El Concilio de Pisa depuso á los dos papas Benito XIII y Gregorio XII,

oir voces de reforma. Los concilios tratan de corregir los abusos; fracasan, aumenta la decadencia y da lugar á una revolucion religiosa, cuyo grito es: ¡Abajo el Pontificado!

Hé aquí á lo que se reduce la victoria de la Iglesia sobre el Imperio y sobre las sectas. Su victoria no es más que aparente; la victoriosa es la humanidad; el Pontificado, que ha creído vencer, está vencido. ¿Qué importa que la guerra y la Inquisicion sieguen los herejes? La Iglesia extermina los hombres, pero no puede matar las ideas. La herejía es la manifestacion de la libertad del espíritu humano; esta libertad es de Dios; no hay ningun poder capaz de contener su desarrollo. Las sectas del siglo XII están vencidas; pero el movimiento que les ha dado origen continúa y se prosigue hasta la Reforma. Esto no es un ataque contra el cristianismo, porque todos los sectarios se llaman cristianos y pretenden seguir los pasos de los primeros discípulos de Cristo; es una reaccion contra el espíritu exterior, idólatra del catolicismo; un regreso á las creencias y á las costumbres de la Iglesia primitiva. Tal es el elemento de porvenir que se encuentra en el fondo de todas las sectas de la Edad Media. Este gérmen no perece; lo que perece son los errores que viciaban á las herejías. Los *Maniqueos* desaparecen, pero los *Valdenses* se sostienen y propagan sus ideas. Los humildes discípulos de Valdo se establecen en los valles de la Saboya, y toman allí tal incremento que forman una Iglesia. El papa Juan XXII se queja al inquisidor de Marsella de que aquellos herejes se atreven á celebrar capitulos y se reúnen por centenares (1). Al principio del siglo XV San Vicente intenta en vano convertirlos por medio de la predicacion. Por la misma época los encontramos en Bohemia: un Valdense da á los Husitas la idea de la comunión bajo las dos especies; los Valdenses inspiran á los Taboritas, cuyas severas doctrinas exceden con mucho á las tímidas reformas de Hus (2). Los protestantes rechazan toda solidaridad

como «notorios schismaticos et antiqui schismatis nutritores, defensores, fautores, approbatores, mantentores pertinaces, necnon notorios hæreticos, et a fide devios.» (D'ACHERY, *Spicileg.*, I, 847.)

(1) RAYNALDI *Annal.*, *Eccl.*, a. 1332, § 31.

(2) Véanse los testimonios en GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, § 151, notas u, v.

con las sectas del siglo XIII; pero en el siglo XIV aparecen los hombres á quienes saludan con el título de precursores de la Reforma, entre los cuales figuran en primera línea Wiclef y J. Hus. Estos reformadores predicán contra la corrupcion del clero, atacan el mecanismo del culto católico; enseñan que la religion no consiste en ceremonias, sino en el sentimiento interior; truenan contra las indulgencias, que no son más que un instrumento de riqueza para la Iglesia; atacan á los monjes, que abusan de mil maneras de la religion para aumentar su crédito y sus tesoros. Segun ellos, el origen de todo el mal está en las usurpaciones del Pontificado. Para que la Iglesia se salve, dicen, es preciso que todo cambie (1). Este llamamiento á una reforma radical encuentra eco. Hus perece en la hoguera, pero Lutero triunfa.

¿Por qué la Reforma, impotente en el siglo XIII, se robustece en el XIV y es irresistible en el XVI? Las hogueras han sido para las sectas un fuego que purifica, ó por mejor decir, se ha mostrado en estas sangrientas luchas la mano de Dios; se vale hasta de las malas pasiones de los hombres para la realizacion de sus designios. En el siglo XIII no hay aún más que sectas, herejías. Esta primera explosion de la libertad raya en licencia; sueños, extravagancias, errores funestos vician los gérmenes de porvenir que se encuentran en ellas. Los errores desaparecen, pero las verdades subsisten; aparecen en los siglos XIV y XV libres de toda mezcla impura. Al mismo tiempo la decadencia del Pontificado y la corrupcion creciente de la Iglesia dan nuevo alimento al espíritu de reforma.

(1) « *Dei Ecclesia nequit ad pristinam suam dignitatem reduci, vel reformari, nisi prius omnia fiant nova.* » (Véanse los testimonios en GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, § 123, nota h.)

## SECCION IV.—DECADENCIA DEL PONTIFICADO.

## §. I.—El poder espiritual.

N.º 1.—*El Pontificado y el cisma de Occidente.*

La pretension de la Iglesia, su pretension inmutable, es la de ser un poder espiritual; y como el espíritu manda en el cuerpo, del mismo modo la Iglesia domina sobre los poderes seculares. En este orden de ideas el Estado no tiene razon de ser en sí mismo, no tiene más que una existencia prestada; procede de la Iglesia, como el medio depende del fin. Gregorio VII tenía, pues, razon al decir que solamente el Pontificado tenía nombre en el mundo; los emperadores y los reyes no tienen más que una posicion subordinada, relativa. Esta doctrina pretenciosa estaba ya minada en el siglo XIV por los atrevidos y sabios ataques de Marsilio de Padua y Wiclef, que disputaron á los papas el poder espiritual, en virtud del cual pretendian reinar sobre la cristiandad. El Pontificado mismo se tomó el trabajo de abrir los ojos á los creyentes acerca de la ineficacia de su poder espiritual en el largo cisma de Occidente.

La unidad es de esencia en el Pontificado; no es posible concebir dos papas, como no pueden concebirse dos dioses. Sin embargo, en el siglo XIV el Pontificado se divide: y ¿quién es el autor del cisma? ¿Cuáles son los sentimientos que le dan origen y que lo fomentan? La ambicion desenfrenada y la codicia del pretendido poder espiritual. Ahí están los hechos y pruebas abundantes para demostrarlo. La mayoría del colegio de los cardenales, con el motivo ó pretexto de que su eleccion no ha sido libre, abandonan al papa que han escogido, y nombran otro; ellos crean el cisma, ellos lo fomentan y lo hacen irremediable. *Clemengis* tiene, pues, razon al acusar las malas pasiones de los príncipes de la Igle-